

Editorial

Educación Física e innovación: sentidos, tensiones y posibilidades de renovación

La innovación en Educación Física no puede comprenderse únicamente como incorporación de estrategias, recursos o metodologías novedosas. Aunque suele hacerse visible en dinámicas cooperativas, gamificación, tecnologías, formas alternativas de evaluación o propuestas inclusivas, su alcance depende de la capacidad para revisar críticamente la práctica y renovar el sentido formativo de la disciplina. El texto plantea que la Educación Física ocupa un lugar singular en el currículo porque trabaja con el cuerpo, el movimiento, el juego, la convivencia, el cuidado y la experiencia corporal situada. Por ello, innovar implica preguntarse qué tipo de aprendizaje, participación y experiencia formativa se habilita para el estudiantado.

En este documento se problematizan las herencias vinculadas con el rendimiento, la técnica, la condición física, la iniciación deportiva y la calificación, sin negarlas, pero cuestionando que sean finalidades suficientes para la educación contemporánea. Asimismo, advierte que una estrategia puede parecer innovadora y, sin embargo, reproducir lógicas tradicionales de control, exclusión o evaluación. En este marco, el número especial Innovación en la Educación Física se presenta como una oportunidad para leer distintas propuestas como posibilidades de renovación, resignificación y transformación de la práctica escolar del cuerpo y el movimiento.

Introducción

Hablar de innovación en Educación Física no supone únicamente pensar en nuevas estrategias, recursos o metodologías. Aunque la innovación suele hacerse visible en aquello tangible que cambia en la clase (una dinámica, una experiencia de gamificación, una forma alternativa de evaluación o una propuesta más inclusiva de participación), su alcance no depende solo de la novedad de esas intervenciones. Depende, sobre todo, de su capacidad para abrir una revisión de la práctica y renovar la manera en que la Educación Física se comprende dentro de la educación contemporánea.

Hoy en día, esta precisión resulta importante porque la Educación Física ocupa un lugar singular en el currículo, puesto que su especificidad radica en que trabaja directamente con el cuerpo, el movimiento, el juego, la interacción, el esfuerzo, la expresión, la cooperación, la competencia, la salud, el cuidado y la convivencia. En ella, el aprendizaje se produce como experiencia corporal puesto que se aprende en la acción, en la relación con otros,

en el reconocimiento de las propias posibilidades, en la regulación del esfuerzo, en la construcción de hábitos, en la participación motriz y en la significación personal y social del movimiento. Por ello, toda innovación en este campo debería traer consigo preguntas que lleven a pensar no sólo qué se modifica en la clase, sino qué tipo de experiencia formativa se habilita para el estudiantado y qué noción de aprendizaje se quiere fortalecer.

Durante mucho tiempo, la Educación Física ha estado atravesada por herencias vinculadas con el rendimiento, la técnica motriz, la condición física, la iniciación deportiva, la disciplina corporal o la lúdica. Estas dimensiones no pueden ser negadas de forma simplista, pues forman parte de la historia y de las prácticas constitutivas del campo. No obstante, tampoco pueden asumirse como finalidades suficientes para responder a las necesidades formativas contemporáneas. Como sostienen López-Pastor et al. (2016), uno de los retos centrales de la Educación Física consiste en preguntarse qué se espera que aprenda el alumnado y qué puede aportar esta área a la educación integral de las personas. Esta pregunta desplaza la discusión desde la actividad hacia el sentido asignado; desde la ejecución hacia la formación integral; desde la organización de la clase hacia la experiencia educativa que se construye.

En este escenario, la innovación adquiere relevancia como posibilidad de transformación pedagógica, puesto que innovar puede reconocerse simplemente como hacer algo nuevo, ni como reemplazar una actividad por otra más atractiva o incorporar tecnologías para modernizar la clase. Una práctica puede parecer innovadora por sus recursos y, sin embargo, reproducir lógicas tradicionales si mantiene una relación vertical con el estudiantado, si privilegia el rendimiento sobre la participación, si reduce el cuerpo a desempeños o si conserva una evaluación centrada en la calificación y el control.

De esta manera, las innovaciones implementadas en el seno de la educación física deben reconocerse como vehículos para fines mayores, no como fines en sí mismas. Su verdadero valor radica en su capacidad para abrir otras formas de enseñar, aprender, participar, evaluar y significar la experiencia corporal. Una propuesta gamificada, cooperativa, tecnológica o inclusiva puede contribuir a renovar la Educación Física cuando responde a un problema real de la práctica, cuando amplía las posibilidades de participación, cuando favorece la construcción de sentido, cuando reconoce la diversidad del estudiantado y cuando permite revisar las finalidades educativas que orientan la intervención docente de manera profunda.

En este marco, este número especial, denominado Innovación en la Educación Física, constituye una oportunidad para abrir una conversación necesaria pero muchas veces poco problematizada. Las experiencias, estrategias y propuestas reunidas pueden

leerse como expresiones de una búsqueda común hacia la renovación de la Educación Física para que responda de manera más pertinente a las condiciones actuales de la escuela y a las necesidades formativas del estudiantado. Esa renovación, sin embargo, exige evitar que la innovación se reduzca a un repertorio de novedades metodológicas. El desafío consiste en comprender qué se transforma en la práctica, qué sentidos se reconstruyen y qué horizontes se abren cuando se habla de innovar en Educación Física.

Entre la novedad y la renovación de la práctica

La innovación en Educación Física suele aparecer, en primer lugar, en el plano de la intervención directa. Es ahí donde la intención de cambio se vuelve visible; en la manera de organizar la clase, en los recursos que se emplean, en las formas de agrupamiento, en las dinámicas de participación, en los instrumentos de evaluación, en el uso de tecnologías o en la incorporación de metodologías activas. La práctica educativa se concreta en decisiones, actividades y mediaciones. Sin ellas, la innovación quedaría reducida a una aspiración general, a una declaración de intenciones o a un lenguaje de actualización sin efectos reales en la experiencia escolar, es decir, como poco margen para la significación.

Por eso, no se trata de desestimar las estrategias. Al contrario, muchas propuestas innovadoras permiten enfrentar problemas persistentes de la Educación Física. Estudiantes que no encuentran sentido en la asignatura, clases organizadas bajo lógicas rutinarias, actividades centradas en la repetición técnica, prácticas que favorecen a quienes poseen mayor habilidad motriz, experiencias que exponen o excluyen a determinados cuerpos, o evaluaciones que se reducen a calificar asistencia, participación o desempeño pueden representar claros ejemplos de situaciones habituales, y poco deseables. Frente a ello, las estrategias activas, cooperativas, gamificadas, tecnológicas, inclusivas o formativas pueden abrir nuevas posibilidades de participación y aprendizaje.

A pesar de ello, y justo en reconocimiento de que las estrategias sí importan, es que resulta indispensable reconocer sus potencialidades, pero también sus límites y retos. Una estrategia no se vuelve innovadora por el simple hecho de ser novedosa, atractiva o distinta de lo habitual. Su valor depende de la relación que establece con un problema concreto de la práctica y con una intención formativa explícita. Una clase puede incorporar juegos novedosos, dispositivos digitales o dinámicas cooperativas y, al mismo tiempo, conservar una lógica centrada en el control, la comparación del desempeño, la exclusión de quienes poseen menor habilidad motriz o la evaluación reducida a calificación. En esos casos, la novedad de la estrategia no alcanza a modificar la racionalidad pedagógica que organiza la práctica.

Esta tensión atraviesa buena parte de las discusiones actuales sobre Educación Física pues la incorporación de metodologías activas, aprendizaje cooperativo o gamificación suele presentarse como vía para incrementar motivación, participación y compromiso. En efecto, algunas experiencias reportan efectos favorables en la colaboración y el aprendizaje cooperativo del estudiantado (Moya & Villalba, 2024). Sin embargo, motivar no equivale necesariamente a formar. En el mismo tenor de la comparación referida en líneas anteriores, una actividad puede resultar atractiva y, al mismo tiempo, sostener lógicas competitivas, excluyentes o superficiales. La pregunta, entonces, no es solo si el estudiantado participa más, sino cómo participa, desde qué condiciones, con qué sentido y qué aprende a partir de esa experiencia.

Algo semejante ocurre con la tecnología puesto que las mediaciones digitales pueden ampliar las posibilidades de acompañamiento, registro, retroalimentación o análisis de la actividad física; pero también pueden reforzar una mirada del cuerpo como dato, indicador, marca o rendimiento cuantificable. En un campo como la Educación Física, donde el cuerpo no es solo objeto de observación sino experiencia vivida, relacional y situada, la tecnología requiere una integración pedagógica cuidadosa. Su valor se define por la manera en que ayuda a comprender mejor el movimiento, ampliar la autonomía, diversificar experiencias o fortalecer la reflexión sobre la práctica corporal.

La evaluación permite observar con particular claridad los límites de una innovación centrada solo en la superficie. Una práctica puede presentarse como innovadora por sus recursos o estrategias, pero conservar una lógica tradicional si la evaluación sigue orientada a clasificar, controlar o traducir el aprendizaje en calificaciones. Añazco-Martínez et al. (2024) señalan que en la Educación Física escolar predomina un modelo tradicional de evaluación-calificación orientado al rendimiento, aunque identifican transformaciones hacia la evaluación formativa y compartida en América Latina. En la misma línea, González (2023) advierte que, aunque las tendencias oficiales se inclinan hacia la evaluación formativa, en la sesión de Educación Física sigue predominando el paradigma tradicional y existe falta de sistematización y de metodologías específicas para evaluar la apropiación del aprendizaje.

Esta discusión muestra que innovar no puede reducirse a cambiar lo que ocurre en la clase si permanecen intactos los criterios con los que se valora lo aprendido. La evaluación revela qué se considera importante, si el desempeño, la asistencia, la ejecución técnica o la condición física; o si también tiene relevancia el proceso, la cooperación, la toma de decisiones, la autorregulación, la participación significativa y la comprensión de la experiencia corporal. En este sentido, la evaluación formativa en esta disciplina también es dimensión que puede renovar la manera en que la Educación Física entiende el aprendizaje.

Lo mismo puede decirse de la inclusión. Una propuesta puede declararse inclusiva y, sin embargo, mantener condiciones de participación que exponen, comparan o jerarquizan cuerpos y habilidades. Innovar implica revisar las condiciones bajo las cuales ciertos desempeños son valorados, ciertas formas de participación son legitimadas y ciertos estudiantes quedan al margen de la experiencia. La inclusión no consiste solo en adaptar una actividad para que todos puedan hacer algo; supone preguntarse qué tipo de comunidad corporal se construye en la clase, qué diferencias se reconocen y qué oportunidades reales de participación se abren para el conjunto del estudiantado.

De este modo, la innovación en Educación Física exige renovar la mirada sobre el cuerpo y el movimiento. No se trata únicamente de que el estudiantado se mueva más, sino de que construya una relación más consciente, significativa y crítica con su cuerpo, con los otros y con las prácticas corporales de su contexto. La actividad física es importante, pero su valor educativo depende del sentido que adquiere en la experiencia escolar. La técnica motriz importa, pero no puede separarse de la experiencia formativa. La participación es deseable, pero debe ser participación con sentido, reconocimiento y posibilidad real de agencia.

En este punto, la innovación deja de ser sinónimo de novedad y se convierte en una pregunta por la experiencia escolar del cuerpo. ¿Qué cuerpos son reconocidos en la clase de Educación Física? ¿Qué formas de movimiento se valoran? ¿Qué relaciones se producen entre habilidad, esfuerzo, género, confianza, vergüenza, cooperación y evaluación? ¿Qué se aprende cuando se juega, se compite, se coopera, se entrena, se explora o se reflexiona sobre el propio movimiento? Estas preguntas permiten desplazar la innovación desde el plano de la técnica hacia el plano de la práctica reflexiva.

Leer este número especial: posibilidades, tensiones y horizontes

Las contribuciones reunidas en este número especial pueden leerse en clave de experiencias que incorporan estrategias distintas y también como aproximaciones situadas a la renovación de la Educación Física. Algunas propuestas podrán centrarse en metodologías activas; otras, en gamificación, tecnologías, inclusión, evaluación, salud, bienestar, aprendizaje cooperativo o nuevas formas de organizar la práctica. Su diversidad es valiosa porque muestra que la innovación no tiene una única forma ni responde a un modelo cerrado. Sin embargo, su valor común puede encontrarse en la posibilidad de abrir preguntas sobre lo que la Educación Física puede aportar hoy a la formación de niñas, niños, adolescentes y jóvenes.

Esta lectura permite evitar dos riesgos. El primero sería entender la innovación como ruptura absoluta con todo lo anterior, como si renovar la Educación Física implicara negar su historia, sus saberes o sus componentes motrices, deportivos, lúdicos y saludables. El segundo sería reducirla a un repertorio de técnicas aplicables, como si bastara con incorporar una estrategia actual para transformar la práctica. Entre ambos extremos, la innovación puede comprenderse como un proceso de revisión, resignificación y reconstrucción situada.

Desde esta perspectiva, las experiencias innovadoras no deberían leerse como recetas transferibles ni como soluciones cerradas, sino como posibilidades para pensar la práctica y abrir nuevas brechas para la construcción del conocimiento. Cada contribución puede interrogarse desde las preguntas que busca potenciar; qué problema atiende, qué formas de participación promueve, qué lugar otorga al cuerpo y al movimiento, cómo reconoce la diversidad del estudiantado, qué modos de evaluación sostiene, qué tipo de experiencia formativa hace posible. Más que buscar en ellas modelos para repetir, conviene leerlas como oportunidades para ampliar la imaginación pedagógica del campo.

Este número especial invita, entonces, a pensar la innovación como horizonte de transformación y no solo como procedimiento. Su potencia radica en volver a preguntar por las finalidades de la Educación Física, por las experiencias corporales que se promueven, por las formas de convivencia que se construyen y por los modos en que la escuela reconoce la diversidad de cuerpos, trayectorias e intereses del estudiantado. Innovar no es simplemente hacer la clase más novedosa, sino hacerla más pertinente, inclusiva, reflexiva y formativamente significativa.

La Educación Física tiene ante sí la posibilidad de renovar su presencia en la escuela contemporánea. Puede seguir siendo un espacio asociado al movimiento, el juego, la actividad física y la salud, pero también puede afirmarse como campo de formación integral, corporal, ética, social y cultural. En esa posibilidad se inscribe la relevancia de este número especial, al abrir un diálogo sobre las formas concretas en que la innovación puede contribuir a reconstruir los sentidos de la práctica y a ampliar las experiencias educativas que el cuerpo y el movimiento hacen posibles en la escuela.

Alejandro Edder Verdejo-Servín¹

Referencias

Añazco-Martínez, L. A., Gallardo-Fuentes, F. J., & Carter-Thuillier, B. I. (2024). Evaluación formativa y compartida en educación física escolar: Una revisión sistemática de las experiencias/publicaciones/estudios recientes en América Latina. *Revista Internacional de Investigación en Ciencias Sociales*, 20(1), 51–72. <https://doi.org/10.18004/riics.2024.junio.51>

González Cabrera, J. L. (2023). Evaluación formativa o tradicional en la sesión de educación física, una práctica educativa de contraste. *IE Revista de Investigación Educativa de la REDIECH*, 14, e1816. https://doi.org/10.33010/ie_rie_rediech.v14i0.1816

López-Pastor, V. M., Pérez-Brunicardi, D., Manrique-Arribas, J. C., & Monjas-Aguado, R. (2016). Los retos de la Educación Física en el siglo XXI. *Retos. Nuevas Tendencias en Educación Física, Deporte y Recreación*, 29, 182–187.

Moya Quinteros, D. A., & Villalba Garzón, G. A. (2024). La gamificación en el aprendizaje cooperativo en preescolares de 4-5 años. *LATAM Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales y Humanidades*, 5(6), 1491–1503. <https://doi.org/10.56712/latam.v5i6.3099>

¹Benemérita Escuela Normal Veracruzana Enrique C. Rébsamen